

Abel Paz

La cuestión de Marruecos y la República española

Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo

Madrid, 2000

Índice

Agradecimientos	11
Introducción	13
Capítulo I: Formación del Comité de Milicias Antifascistas de Catalunya	35
Anexos	61
Respuesta de García Oliver al cuestionario de Brunett Bolloten	61
Decreto de Companys publicado en el <i>Butlletí Oficial</i> de la Generalitat de Catalunya. . .	69
Capítulo II: Cómo y quiénes iniciaron los contactos con el nacionalismo marroquí del CAM.	71
Capítulo III: Testimonios y documentos	99
Capítulo IV: Testimonio de los delegados (entrevista con Largo Caballero, septiembre de 1936) ..	149
Epílogo	161
Notas biográficas	209
Bibliografía	235

Introducción

Fue a mediados del año 1969, en el que estaba dando los últimos retoques a la biografía que escribí sobre Durruti, cuando un día, conversando con Daniel Guerin, éste reprochaba a la CNT su poco interés por la cuestión de Marruecos, pieza clave, según él, en la revolución española. Esta crítica me dio qué pensar, preguntándome a mí mismo si la recriminación era justa. ¿Cómo el anarquismo ibérico, que tantas pruebas había dado de su condena a los gobiernos españoles por su intromisión en Marruecos, descuidó este asunto durante la Guerra Civil? El general Franco había utilizado el Protectorado de Marruecos como zona y trampolín de asalto a la Península, a partir del 17 de julio de 1936. ¿Cómo era posible, me decía a mí mismo, que el gobierno republicano hubiera sido tan corto de vista para no comprender el peligro que significaba el ejército mercenario en Marruecos? Para responder a estas preguntas había que retomar desde el principio el análisis del cómo y el porqué de la Guerra Civil. La tarea era ardua y, francamente, yo me encontraba saturado por el tema de la guerra en el que venía trabajando desde hacía diez años, los que empleé documentándome sobre Durruti. Sin embargo, el tema de Marruecos era lo suficientemente importante como para no dejarlo como un cabo suelto. A partir de aquel momento, fue configurándose este libro, que más parece un libro de género negro que de historia.

Como punto de partida para mi investigación, releí la carta que Camilo Berneri había escrito a Federica Montseny en marzo de 1937, exigiéndole que, como ministra del Gobierno de Francisco Largo Caballero, presentara en el Consejo de Ministros la cuestión de Marruecos. Otra cosa que me llamó la atención fue la referencia que hacían Pierre Broué y Émile Temime en su historia sobre la Guerra Civil española: «Un militante de la IV Internacional, de acuerdo con el POUM, había intentado entrar en relación con dirigentes de los nacionalistas marroquíes, a fin de interesar a estos para que ayudaran a la República española; pero, por razones ajenas a la voluntad de unos y otros, la cosa había quedado en la buena intención».¹

Podía dirigirme con facilidad a Federica Montseny y a Pierre Broué. A éste le escribí una carta, rogándole que me suministrara información más amplia sobre el tema que sólo dejaba apuntado en su libro. Mientras esperaba la respuesta de Broué, aproveché un viaje a Toulouse para hablar con Federica Montseny sobre la carta de Berneri. Con Federica me llevaba bien, y puedo asegurar que me apreciaba personalmente y que mostraba interés en el trabajo que estaba haciendo sobre Durruti. Con esto quiero decir que tengo motivos para pensar que fue sincera en sus respuestas a mis preguntas. Me dijo que sí, que recordaba perfectamente el asunto Berneri y la conversación que tuvo con él. También me contó, aunque de manera imprecisa, todo cuanto García Oliver había hecho en relación al tema de Marruecos. Pero, viviendo García Oliver en México, sería mejor que me dirigiese directamente a él, a quien seguramente complacería mi curiosidad. Me aconsejó también, al recordar confusamente que el Comité de Milicias Antifascista de Catalunya había tenido relación en este asunto, que entrevistara a Josep Tarradellas, quien seguramente tendría a mano los archivos de la Generalitat y en los que podía haber algo de este asunto. Por desgracia, me dijo, nuestros archivos depositados en Amsterdam no podrán abrirse hasta que la CNT funcione libremente en España, tal como se dis-

1. Pierre Broué y Émile Temime, *La Revolution et la guerre civile en Espagne*, Editions Minuit, París.

puso cuando, en 1939, se depositaron allí. Con lo que Federica acababa de decirme, aumentó mi interés por el esclarecimiento del tema, alimentándose mi imaginación con la pimienta de la intriga.

Antes de escribir a García Oliver me puse en contacto con Josep Tarradellas, ya por entonces presidente de la Generalitat en el exilio. Francisco Isgleas, un viejo militante de la CNT y buen conocedor de Tarradellas, me sirvió de introductor. Un día de los que Tarradellas solía ir a París para despachar asuntos relacionados con el cargo político que representaba, me telefoneó a casa para darme cita aquella misma tarde en un café de la place Saint Michel, *Le Depart*. Acudí a la cita con el «Honorable», el cual iba acompañado de su secretario personal, Gausachs, a quien conocía por haber sido mi maestro en la Escuela Racionalista Natura. Este conocimiento entre maestro y alumno hizo más cordial y menos formal la entrevista. Le expuse la cuestión y, después de escucharme atentamente, me contestó medio en broma: «Ah!, la questió dels moros. Sí, ho recordo bé. Aquell afer el va portar el vostre company Joan García Oliver. Sí, es van firmar uns acords, però en Largo Caballero ho va fotre tot enlaire. Va ser una llàstima. I el que més ho va sentir va ser en García Oliver, que ens va dir a en Companys i a mi: ara sí que hem perdut la guerra».

El tono con el que Tarradellas me contaba el asunto, sin protocolo, casi de manera coloquial, me confirmó que estaba pisando terreno firme, y me atreví a solicitarle si sería posible consultar los archivos de la Generalitat. Su respuesta fue tajante: «Es troba en un lloc en el que ni jo mateix hi tinc accés; ho sento, quan la Generalitat torni a Barcelona amb gust li oferiré l'oportunitat de satisfer el que ara em sol·licita». Al cabo de media hora, aproximadamente, de conversación, Tarradellas miró su reloj de pulsera; gesto por el que intuí que daba la conversación por terminada, e hice un gesto para pagar el importe de los tres cafés que habíamos tomado; pero Tarradellas se dirigió a su secretario para que abonara la cuenta. Gausachs le hizo observar al «Honorable en el exilio» que no tenía dinero. Mientras se cruzaban unas palabras, aboné el importe y Tarradellas, dándome las gracias, me dijo: «Noi, et dec un cafè. La propera vegada serà la meva». Nos despedimos y no volví a verle

hasta que se instaló en la Generalitat de Catalunya como presidente, con el «Ja sóc aquí».

Lo único que había sacado en claro de mis entrevistas con Tarradellas y con Federica Montseny era que, efectivamente, los contactos entre el Comité de Milicias de Catalunya y los nacionalistas árabes habían tenido lugar, pero nada más. Esperé pacientemente a que Pierre Broué y García Oliver respondieran a mis cartas. El primero tardó un par de meses en contestarme y el segundo casi dos años, después de haberle insistido en el asunto en varias cartas más.

Llegó la carta de Broué, en la que me confirmaba lo que había escrito en su libro, y me aconsejaba que entrevistara a David Rousset y Jean Rous que fueron quienes le habían facilitado la información. Contactar con ellos no fue fácil. David Rousset se había convertido al «gaullismo», y era diputado en sus filas. ¡Extraño cambio! Recurrí al listín telefónico, pero estaba en la inscripción secreta. Continué indagando y, al fin, un amigo que trabajaba de dependiente en la librería Maspero me facilitó el teléfono que había obtenido de un hijo de Rousset. Telefoneé, pues, a David Rousset, quien atendió afablemente mi llamada y, al ponerle al corriente del asunto que me preocupaba, me confirmó en líneas generales la cuestión y me facilitó el teléfono de Jean Rous. Concertamos una cita, pero no podía ser hasta dentro de tres meses, debido a que por motivos de trabajo tenía su «calendario» completo. Telefoneé a Rous, pero se encontraba de viaje en África y tardaría un tiempo en volver. No obstante, la persona que me atendió insistió en que le dejara el teléfono, para poder avisarme a su regreso. Estaba en el buen camino, aunque transitara por él muy despacio, a paso de tortuga.

En una de mis frecuentes visitas a las librerías de París, en una de ellas me encontré un libro escrito por un especialista en temas marroquíes (Robert Rezette, *Les partis politiques marrocaïns*, publicado en París en 1955). En la página 100 encontré una pequeña referencia sobre el tema, que hacía alusión a los contactos habidos entre el Comité de Acción Marroquí (CAM) y el Comité de Milicias Antifascistas de Catalunya (CMAC), en vistas a que, a cambio de que el Gobierno republicano español garantizara al Marruecos bajo ad-